



Mercedes Gaibrois, entra en la Academia de la Historia en 1932.

gran nuestra panoplia académica, ha sido y es el que, a lo largo de los siglos, ha mantenido un criterio más liberal a la hora de elegir candidaturas de sexo femenino. En el siglo XVIII hubo doce mujeres académicas de honor y seis académicas de mérito. En el siglo XIX, tan feminista, hubo sin embargo, una marcada discriminación, agudizada en el XX; pero en el seno de esta corporación siempre hubo mujeres académicas.

Una mujer en la Academia de Historia

En 1932, en plena República, la Academia de la Historia elegía Académico de número a Mercedes Gaibrois. Caso insólito, pues aunque en la época los hombres acostumbraban a ceder su asiento a las damas, los sillones de las Academias eran de absoluto privilegio masculino. Y, no porque en los estatutos se especificase el sexo de los académicos. ¿Quién era esta mujer elegida por los dioses misóginos de tan ilustre corporación? Mercedes Gaibrois era autora de un erudito estudio sobre *Sancho IV de Castilla*, con el que había obtenido el premio Duque de Alba. La nueva académica nació circunstancialmente en París, donde su padre era encargado de negocios de la embajada de Colombia. Mercedes no siguió estudios oficiales. Le gustaba la historia y la pintura y al morir el padre, emprendió, con su madre, un viaje a Europa y en Sevilla conoció al catedrático Antonio Ballesteros, conde de

Beretta. Se enamoraron y al poco tiempo se casaban. Mercedes empezó a investigar con su marido en archivos y bibliotecas. Tras unos años de labor conjunta, Antonio Ballesteros, ya nombrado académico de la Historia, raro espíritu generoso, que veía y reconocía en su mujer cualidades extraordinarias, la animó a que emprendiese sola trabajos históricos y Mercedes se dedicó a trabajar en la figura de Sancho IV. Después estudiará a María de Molina, la mujer y la reina y luego consagró su atención a las infantas de Aragón: doña Constanza y doña Sancha.

Mercedes Gaibrois no leyó su discurso de entrada en la Academia hasta febrero de 1935, que versó sobre María de Molina: *Siempre fue motivo de reconocimiento a la Academia la designación para ocupar un puesto de tan ilustre Sociedad; pero doblemente ha de serlo en esta ocasión en que, con singular benevolencia, se ha llegado a introducir novedades inusitadas en las normas académicas. Este generoso además obliga aún más mi gratitud*, fueron sus palabras de introducción.

Le contesta el académico Elías Tormo, que califica el acto de *novedad evolucionaria o revolucionaria*. Tras ensalzar sus méritos de historiadora, dice: *Es que el nuevo académico, el autor del memorable "Sancho IV de Castilla", con un sincero, sencillo, recatado sentido de modestia, como retrasó (creo yo que por ello) su ingreso, quiso poner en él sordina. No se ha consentido al escribir, ni antes al pensar, nada que sonara, nada de llamativo, nada de vistoso, nada solemne: solo como el cumplimiento de un deber, sobria la frase, corta la cláusula, nítida la sencillez; texto narrativo, sin obra de oratoria; elocución pausada, media voz; deslizamiento.*

Refiriéndose a este discurso María Laffite, comentó: *Don Elías Tormo —que tiene un estilo literario personalísimo— encuentra la palabra exacta: deslizamiento. Todas las precauciones son pocas. El enemigo acecha en la sombra. Mercedes Gaibrois se desliza sin apenas hacer ruido y se sienta —inconcebible proeza— en el sillón de la Academia que ha dejado vacante un erudito varón. Sí, deslizándose, ya está allí, en el sillón, para siempre.*

La divina Tula

Pues sí, creemos que ahí está el meollo de la cuestión, en deslizarse silenciosamente, sin aspavientos, con serenidad, para no impresionar, para no levantar sospechas, para no asustar. Como lo ha hecho Rosa Chacel y Carmen Conde, con suavidad. Lo que no hicieron ni Gertrudis Gómez de Avellaneda ni Emilia Pardo Bazán. Estas dos grandes mujeres, estas espléndidas escritoras, estas rebeldes adelantadas del feminismo ibérico, armaron mucho ruido y, claro, levantaron la liebre y los asustadizos académicos se cerraron en banda.

Gertrudis Gómez de Avellaneda, una de nuestras grandes escritoras románticas, poetisa, dramaturga, nove-

lista, presentó su candidatura en 1853. Pretendía ocupar el sillón vacante que se produjo a la muerte de Juan Nicasio Gallego, aquel que dijera: *¡Es mucho hombre esta mujer!*, al acabar de presenciar el estreno de un drama de la Avellaneda. Y esto no precisamente por falta de feminidad, ni de belleza, a quien por su hermosura llamaban la *divina Tula*, sino asombrado de que un talento de tal magnitud lo irradiase una mujer. Al parecer, esto era algo que aquellos colegas decimonónicos no podían concebir. Zorrilla, que presentó a la portentosa Avellaneda al "Parnaso" madrileño, en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, escribe: *Porque la mujer era hermosa, de gran estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos, su cabeza coronada de castaños y abundantes rizos, gallardamente colocados sobre sus hombros. Su voz era dulce, suave y femenina; sus movimientos lánguidos y mesurados, y la acción de sus manos delicada y flexible... Nada había de áspero, de anguloso, de masculino en fin, en aquel cuerpo de mujer, y de mujer atractiva: ni la coloración subida de la piel, ni espesura excesiva en las cejas, ni bozo que sombreara su fresca boca, ni brusquedad en sus maneras. Era una mujer hermosa, un error de la naturaleza, que había metido por distracción un alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina.*

Pero, a pesar de tener el *alma de hombre*, la Avellaneda no solo fue rechazada por la Academia, sino incluso atacada ferozmente por los partidarios de su contrincante, el conde de San Luís. Fernández Guerra le dedicó unos versos obscenos titulados: "Protesta de una individuo que solicitó serlo de la Academia y fue desairada".

La candidatura de Avellaneda fue presentada por Martínez de la Rosa, el duque de Rivas y otras destacadas personalidades del mundo de las letras. En una serie de artículos publicados por la escritora, a raíz del sonado suceso, con el lema de *La Mujer*, hizo una defensa de su sexo, que asentó en débiles argumentos y aún contrarios a la meta perseguida.

Esta mujer apasionada, de fuerte espíritu, levantó oleadas de celos literarios entre sus cólegas masculinos. Los más mediocres eran los más encarnizados enemigos. En marzo de 1858, la noche del estreno de su obra *Los tres amores*, en el momento en que uno de los actores decía, *Aquí hay gato encerrado*, alguien, desde una platea, echó un gato al escenario, erizado desde las orejas a la punta del rabo. El felino empezó a correr y a saltar por la escena, ante la sorpresa de los actores. El público rió y gritó divertido aquel episodio imprevisto y, al final del acto, aplaudió con delirante entusiasmo a la dramaturga, sin duda para hacerse perdonar su estentórea hilaridad. El incidente lo provocó Antonio Rivera, director de un periodiquillo de escasa tirada. Este y otros lances de mal gusto tuvo que soportar la Avellaneda, pese a tener un *alma de hombre*.



Gertrudis Gómez de Avellaneda... no entró en la Academia por su actitud rebelde y feminista. Nicasio Gallego diría: *¡"Es mucho hombre esta mujer!"*.

Cuentos verdes en la Academia

De los reiterados rechazos de la Real Academia de la Lengua a sucesivas candidaturas femeninas, ninguno tan espectacular como el de la Pardo Bazán. La combativa escritora presentó batalla a la docta corporación en terreno descubierto. Y pese a los reveses encajados no se dió nunca por vencida y prosiguió su lucha en solitario. Como feminista *avant-la-lettre*, se creía obligada, en nombre de su sexo —y más allá de su interés personal— a *sostener en el terreno platónico y sin intrigas ni complots, la aptitud legal de las mujeres que lo merezcan para sentarse en aquel sillón mientras haya Academias en el mundo*. No obstante disfrutar, de mejor o peor grado, del reconocimiento de sus colegas, con los que compitió en todos los frentes de la actividad intelectual: literario, político, universitario, la candidatura de la personalísima escritora, fue rechazada tanjuntamente en las dos ocasiones que la presentó.

Esta mujer extraordinaria, acostumbrada a triunfar, provocó tal polémica que consiguió despertar el interés de la opinión pública, lo que fue en sí gran triunfo.

Tras el fracaso de la primera tentativa, escribió dos cartas sobre *La cuestión académica* en las que ponía en candelero el criterio machista que regía en la doc-

ENCUESTAS BREVES

¿Qué opina usted de la entrada de las mujeres en la Academia de la Lengua?...
¿A quién votaría usted para Académico de nuestras escritoras?...

Los vientos feministas que corren en estos tiempos, á las veces con furioso impetu de vendaval, ululante, han pasado en ráfagas más de una vez por los muros de la Academia de la Lengua Española y han chocado contra sus puertas macizas y pesadotas. Los goznes antiguos, un tanto mohosos, apenas han chirriado un poco, y ha surgido una rendija súbita; pero fácilmente, prontamente evanescida.

—¿Qué opina usted de la entrada de las mujeres en la Academia de la Lengua?

—No tengo opinión sobre esto... Pero no soy muy partidario, no, de la entrada de las mujeres en estos organismos; no...

Azorín, junto á una librería, pugna por alcanzar un tomo de un estante alto. La plural pregunta para todos tiene en él una singular respuesta:

—Si tienen méritos, ¿por qué no van á entrar? Pero por simple manifestación feminista, no; estamos hablando en sentido

—Yo creo que las mujeres no deben entrar... Tal vez porque tengo ochenta y dos años, no comprendo á las mujeres más que en las labores propias de su sexo, que es como se las pone en la cédula... y no en labores de académico, senador, diputado, concejal ni como Consejero de Instrucción Pública... En Francia no

—Primero. Nuestra Academia, fundada en 1713 por Felipe V, á imitación de la francesa con objetivo análogo por lo que toca á la lengua, sigue sus normas y no nos queremos apartar de ellas en lo posible. Segundo: Que habiendo muerto sin entrar D.^a Emilia, si nosotros ahora por unos cuantos años abriéramos la puerta, se habría de entender que el no haber entrado la Pardo Bazán era porque no tenía méritos suficientes, y no siendo así, estimo que por ahora la Academia no puede hacerlo. A ver si en Francia...

De la Biblioteca á la Universidad. Buscamos allí á D. José Alemany. Este sabio catedrático se nos aparece con el rostro de un bolchevique ruso. Su cuerpo alto, enteco. Barbita puntiaguda que ha debido ser roja. Impone hasta que habla. Luego piensa uno que es un buen hombre. Nos dice sencillamente:

—No estoy en contra de ello; prueba de que no soy antifeminista es que... en cuanto pude me casé. Pero yo no voto á ninguna. Sófoles dice que en el pensar no está el placer de la vida. Ellas están para otra cosa más grande que para nuestros menesteres. ¡Mujeres intelectuales! ¿Usted no ha pensado en el fruto de la unión de un hombre y una mujer intelectuales? ¿Serán unos hijos neurasténicos? ¡Imposible, imposible!

El Excmo. Sr. D. Leopoldo Cano dijo su opinión así:

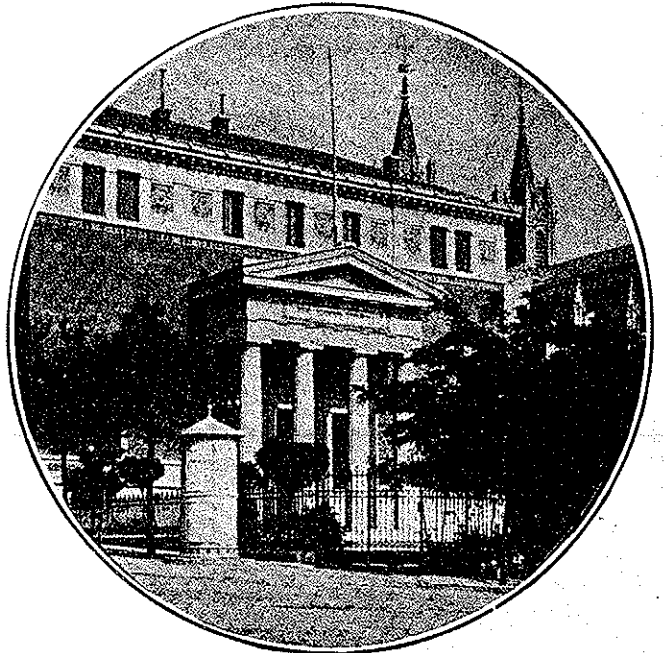
—Soy militar. Me toca obedecer. ¿Lo manda el Gobierno? Pues que entren! Carolina Coronado entró. Ya hay un precedente. Las mujeres, hoy, están en todas partes. ¿Por qué no van á entrar en la Academia? ¿Quién de ellas? No lo sé...

Otro excelentísimo señor: D. Pedro de Novo y Colson. También dice:

—Creo que si tienen méritos pueden entrar; ahora que será difícil en competencia con los hombres. Y no puedo decirle, en absoluto, ni una palabra más.

El marqués de Villa-Urrutia nos recuerda un caballero del Greco. Es discreto, fino, cortés; no nos niega su opinión.

—No hay prohibición; no hay precedente tampoco... Las ha habido, es cierto, pero honorarias... No iban por la Academia; no molestaban... Ahora bien; el Decreto no dice que habrá una plaza para mujer. Dice que pueden entrar... Yo creo que no es divertido nuestro trabajo. Aparte del honor, no creo que le satisfaría á ninguna mujer nuestras tareas. ¿Serían electos, como algunos de hoy! (Pausa.) No me ponga usted en más compromisos... Tres señoras me han pedido ya el voto... Si no tengo más remedio que decirle una, sea: D.^a Blanca de los Ríos. ¡Me ha buscado usted la enemistad de dos señoras!



zos va fugitivamente remansándose ó endrespándose el sueño sensual de Luis. En ese friso, casi siempre, la sensualidad repite sus formas gallardas, sus oraciones á la tentación. Pocas veces la ternura ofrece sus actitudes serenas, comprensivas...

En la madre propia Luis no encuentra el amor maternal. Lo halla en la madre del amigo, melancólicamente... Y de las dos mujeres que más llegan á influir en su vida—Rosa, Gertrudis—, en ninguna encuentra la felicidad y á ninguna hace tampoco feliz... «El alma de Gertrudis en el cuerpo de Rosa!», es la cifra imposible de su sueño y su deseo. Y en tanto que su alma vive y se tortura, y busca y no encuentra, el cerco con que todas las mu-

—No es ninguna novedad esto de la entrada de las mujeres en la Academia. Ya se ha hablado en otra ocasión...

—Ciertamente. En vida de la Pardo Bazán; pero ahora el Decreto da á la cuestión cierta novedad.

—Yo, si hubiera sido académico cuando la Pardo, la hubiera votado. Como si hubiera vivido cuando Gertrudis Gomez de Avellaneda... Ahora me inhibo. No es esto desden, ni supone desmérito.

El ilustre poeta Sandoval, exclamó:

—No había antes precepto prohibitivo. Hubo una época en la que existían dificultades porque las mujeres no tenían voto; así es que estimo el decreto un poco superfluo. El no haber entrado D.^a Emilia dificulta mucho cualquiera elección. Usted mismo lo comprenderá; es muy difícil ahora. Y no se pueden citar nombres..., aunque reconozco que hay escritoras de muchísimo talento.



La Pardo Bazán, tampoco entró: "Si es porque las reuniones de la Academia son para contar chistes verdes, yo también los cuento y no son menos graciosos".

ta corporación. La cartas las dirige a: Gertrudis Gómez de Avellaneda (en los Campos Elíseos, compañera de infortunios académicos).

El escritor Juan Valera, bajo el seudónimo de Eleuterio Filogyno o, el amante de las mujeres, publicó un folleto titulado *Las mujeres en las Academias. Cuestión Social*. Aunque Valera, en su escrito, exaltaba a la mujer, en realidad era tan sólo el guante blanco que utilizaba para exponer, en tono humorístico y a veces burlón, los insalvables obstáculos que existían para su recepción en las Academias. Sus argumentos eran inconsistentes y frívolos, como: el temor de que los atractivos físicos de la presunta compañera, sembrasen inquietudes entre los académicos, el embarazo, la lactancia y... que al haber señoras entre ellos no podrían disfrutar del placer de contar chistes verdes. A lo que la autora de *Los Pazos de Ulloa* replicaría con su característico desenfado:

— *Si es porque las reuniones de la Academia son para contar cuentos verdes, yo también los cuento, y no son menos graciosos.*

Más tarde la Pardo Bazán empezó a promover la candidatura de Concepción Arenal para la Academia de Ciencias Morales y Políticas. La controversia se animó, con la participación del diario *El Heraldo* que abrió un juicio público sobre *La Cuestión Académi-*



María Moliner: "...había un punto, en la tarde, en que realmente me sentía vacía, sentía algo que me faltaba..."

ca. En ella intervinieron gentes de diferentes estamentos. El obispo de Madrid-Alcalá, entre otros, decía: *Verdaderamente las mujeres debieran tomar alguna parte en la formación de las leyes, puesto que se las obliga a acatarlas.*

La candidatura de Concepción Arenal no prosperó, pero consiguió despertar interés hacia la socióloga y a que se le rindiera un gran homenaje, en el Ateneo de Madrid. Y, sobre todo, a que se airearan sus teorías:

— *Tal es la situación de la mujer: abiertos todos los caminos del sentimiento, cerrados todos los de la inteligencia.*

— *La persona no tiene sexo. Es un error grave, y de los más perjudiciales, inculcar a la mujer que su misión única es la de esposa y madre; equivale a decirle que por sí no puede ser nada, y aniquilar en ella su yo moral e intelectual. Lo primero que necesita la mujer es afirmar su personalidad, independiente de su estado, y persuadirse de que, soltera, casada o viuda, tiene deberes que cumplir, derechos que reclamar, dignidad que no depende de nadie, un trabajo que realizar.*

María Moliner, lingüista

La última candidatura que se presentó en la Real Academia de la Lengua, hace unos años, fue la de María

Moliner, lingüista, autora de un importante *Diccionario del uso del español*, fruto de una ingente labor de quince años de investigación. La autora puso manos a la obra porque, según sus propias palabras: *...había un punto, en la tarde, en que realmente me sentía vacía, sentía algo que me faltaba*. Para María Moliner era el tiempo preciso, en toda mujer-madre, en que crecidos los hijos, había que ganarle la batalla a la soledad; ese punto crucial en el que converge el declive biológico y el alejamiento físico de los hijos, por razones naturales, con tan delicadas incidencias en lo afectivo y en el desaliento.

María Cruz Seoane ha escrito de María Moliner: *En lugar de sucumbir a la melancolía, al "indefinible malestar" de la condición femenina, se puso a trabajar con entusiasmo en el diccionario. Y ahí está, prestando una ayuda inestimable a muchas personas, sobre todo extranjeros, que desean poseer nuestra lengua y que necesitan saber, no lo que significan, sino también, "como se usan" nuestras palabras. Claro que una cosa así no se improvisa. Como decía nuestra pionera feminista del siglo XVIII, doña Josefa Amar de Borbón, es necesario el estudio "para hacer un uso saludable del tiempo, prevenir recursos para todas las edades y sucesos de la vida, adquirir nuevas ideas y estar contento fuera del bullicio de las gentes."*

El sillón K

Desde el 13 de mayo de 1714, en que Felipe V aprobó los Estatutos para la fundación de la Real Academia de la Lengua, han transcurrido 264 años para que una mujer fuese elegida Académica, no designada e impuesta como lo fue María Isidra de Guzmán.

No hace mucho, Dámaso Alonso, el presidente de la Real Academia de la Lengua, declaraba: *...las mujeres tienen posibilidad de llegar a la Academia. Basta con que las presenten tres académicos. No hay misoginia alguna por parte de la Academia como corporación*. Y una parte importante de los académicos, no todos, puesto que ha habido cinco papeletas en blanco, recogieron la iniciativa y han votado por tres candidaturas femeninas: Rosa Chacel, Carmen Conde y Carmen Guinardó. La candidatura de Rosa Chacel la avalaba: Julian Marías, Antonio Tovar y Luís Rosales. La de Carmen Conde: Antonio Buero Vallejo, Guillermo Díaz Plaja y García Valdecasas y la de la doctora Carmen Guinardó: José María Pemán, el cardenal Tarancón y Rafael Lapesa. Los resultados: 7, 14 y un voto respectivamente. Desearíamos que la próxima vez que se produzca una vacante, no haya opciones exclusivas femeninas o masculinas, sino que se usufructúe el derecho de igualdad y reine un auténtico espíritu democrático.

Bien, ya tenemos a Carmen Conde sentada en el sillón K. Ha llegado a él, sin ruido, cuando los hombres le han abierto la puerta, como ella ha dicho ante las cámaras de televisión, sin llamar, es decir: *deslizándose*. Se subraya que ha sido un gesto generoso y sim-

pático de los académicos. Gracias, compañeros colegas, pero esto más que una gracia, es el arranque de la reparación de una injusticia, que ha durado más de dos siglos y medio.

Carmen Conde

Carmen Conde es una murciana de Cartagena. A sus 71 años es una mujer jovial, segura y tenaz. Pasó su infancia y adolescencia en Melilla: *¡Ah Melilla: país de una infancia que no se evapora!*. Desde muy joven se consagró a la literatura. A los 15 años empezó a colaborar en *Los Lunes de El Imparcial*, *La Esfera* e *Informaciones*. En 1929 publica su primer libro, *Brocal*, poemas en prosa, en el que Juan Ramón Jiménez descubre a un poeta. En 1931 se casa con el también poeta Antonio Oliver Belmás, casamiento de *Pedagogía y Poesía*, lo llamará Gabriela Mistral en el prólogo que escribe para *Júbilos*, segundo libro de Carmen Conde, en setiembre de 1933 que aparecerá al año siguiente. El matrimonio de jóvenes poetas funda la Universidad Popular de Cartagena. El 2 de octubre de 1932 se celebra en Orihuela un homenaje a Gabriel Miró, y ese día conocen a Miguel Hernández. El acto lo ha organizado el grupo de Ramón Sijé, Miguel Hernández y Carlos Fenoll, Giménez Caballero, recién llegado de la Italia fascista, pronuncia el discurso central, en tono enfático y términos provocadores. Antonio Oliver le grita *¡Mentira!*, y el grupo cartagenero de la Universidad Popular, acaba en la Comisa-



Carmen Conde: Casi dos siglos median entre la designación de la primera mujer académica. María Isidra Guzmán y la de Carmen Conde, el 9 de febrero de 1978.

ria. Miguel Hernández se une a ellos y esto será el comienzo de una amistad que no morirá. El poeta oriolano está escribiendo su *Perito en Lunas*, que leerá en la Universidad Popular cartagenera.

La impronta de la guerra civil dejará en Carmen Conde huellas emocionales y le impondrá nuevos planteamientos estilísticos, de este tiempo doloroso es: *Mientras los hombre mueren* y *El Arcángel*.

En 1944, publica *Pasión del verbo* y este mismo año *Honda memoria de mí*, le siguen *Ansia de gracia*, *Sea la luz*, *Mi fin en el viento*, *Mujer sin edén...* Carmen Conde ha escrito biografías y también cuentos para niños, con el seudónimo de *Florentina del Mar*. En 1953 le conceden el premio Elisenda de Moncada, por su novela *Oscuras raíces* y al año siguiente, un jurado internacional le otorga el premio de poesía Ramón Bolívar, por su obra *Vivientes de los siglos*. En 1967, obtenía el premio Nacional de Literatura por *Obra Poética*. Y el 9 de febrero conseguía, según sus propias palabras, al comunicarle Dámaso Alonso su elección en la Academia: *...el premio más importante que jamás soñara conseguir*.

Dámaso Alonso ha escrito de la nueva académica: *Dudo que labios de mujer española hayan hablado alguna vez del amor con tanta verdad, con tanta despreocupada castidad esencial, con tan sobrecogedora belleza... Esta poesía de Carmen Conde es, aún en el dolor, iluminada, vitalista... En cada uno de estos sentidos, Carmen Conde da a manos llenas tesoro de su claro talento, y en cálidas hondas el palpitar apresurado de su corazón. "Con ansia de la gracia" se colocó en primera fila en nuestra poesía actual.*

Roger Noël-Mayer, de la Revista Internacional de Poesía, dice: *Carmen Conde, primera de las letras de la Península. Carmen Conde tiene, a su vez, de Juno y de George Sand; en su haber cuenta una obra enorme y, desde el principio, me ha parecido una fuerza de la naturaleza. La admiro y hasta me asuta un poco: su talento es tan vasto que deviene sobrehumano, y Gabriela Mistral —uno de los elementos de su trilogía de ferviente devoción— a su lado me parece débil. ¿Escribe Carmen Conde un poema en primera persona? He aquí que se crece, desmesura, se transforma en elemento preponderante del cosmos. Las palabras parecen dislocarse, animarse y moderarse; hay gritos sin alaridos, al ola sube, el pensamiento gime, se altera y echa a volar sin que jamás Carmen acuse cansancio y se detenga en una pausa de fatiga.*

Carmen Conde, a las pocas horas de ser elegida por la docta Corporación, declaraba: *De momento intentaré eliminar las expresiones machistas del diccionario español*, con lo cual hará un gran favor a nuestros hombres. A ella le corresponde ahora una labor sostenida y pertinaz: la de contribuir a que las puertas de la Academia queden abiertas de par en par a cuantas mujeres merezcan ocupar, sus hasta ahora, inaccesibles sillones. — A.R.

¡¡ Por fin!!

EL CUADERNO DORADO DORIS LESSING (1962)



Con un prólogo de la autora
para esta primera edición
castellana

Un relato lacerante de
agresión
hostilidad
resentimiento

Lo que muchas mujeres
piensan
sienten
experimentan
plasmado en una novela
excepcional

Para usted
de



Distribuye

NOGUER

Norildis